

A Mari

(Excursión a Peña la Cruz)

- | | |
|--|--|
| I | VI |
| El viento, el viento...
la cumbre, la fuente,
y el cielo abierto. | El aire te dibujaba
al ponerte la «rebeca»
sobre la roca escarpada. |
| II | VII |
| Tan armoniosa, tan clara,
tú en medio del horizonte
con tu falda colorada. | Qué dulce el sol de la «foto»
al enfriarse el crepúsculo
en los alcores remotos. |
| III | VIII |
| Trotaban potros sin doma,
al par que los alcotanes
cortejaban a la loma. | Ya las vacías botellas
y los papeles de plata
esperaban las estrellas. |
| IV | IX |
| Mientras tú en el césped sueñas,
despeinadas por el viento
las nubes fingén doncellas. | Sonaba a tarde apagada
cuando entramos en el bosque
una música lejana... |
| V | X |
| Y qué bellas tus palabras
fluyendo de tu sonrisa
al unísono del agua. | Las radios de los hoteles
llegaban hasta la senda
donde tu pañuelo verde. |
| XI | |
| Y tus talones ligeros
para siempre se han quedado
caminando en mi recuerdo. | |

GERMÁN SIERRA



¡ORDEN SEÑORES POETAS!

MUCHO me temo que Apolo tenga que movilizar otra vez sus huesos y empeñar la segunda batalla del Parnaso. Lo siento por las venerables sombras de Berceo, el Arcipreste, Santillana, Manrique, Garcilaso y tantos más que tendrán que embrazar la adarga y enristrar el lanzón para acometer a la turba de escritores que emborronan de tinta las faldas del monte famoso; pero es tanta la osadía de los esgrimidores de pluma que ya se atreven a babear en los impolutos mantos de las Musas. Y esto no lo puede consentir el dios.

Con dificultad me libraré yo mismo de algún trompiconcillo, pero tengo la esperanza de que algo me perdonarán, en gracia al papel de ganso del Capitolio que voluntariamente me asigno y a este primer graznido de alarma en la fortaleza.

Los dioses del Parnaso suelen ser bastante confiados; pero todos los síntomas indican que la tensión aumenta peligrosamente. Pruebas al canto.

Hace unos días paseaban los moradores por los deleitosos jardines de la mansión, cuando cierto objeto voló por encima de las tapias y fué a caer en un macizo de nardos. Acudieron llenos de curiosidad, sobre todo las Musas, que, a pesar de su edad respetable, gustan todavía de recibir buenos versos de los poetas terrícolas, y comprobaron que se trataba de un tomo en cuya portada se leían estos datos: Gorgonio Latón y Tostón—Mendrugos Poéticos—. Se disponían a abrirlo para satisfacer su eterna gazuza de ambrosía, cuando llegó Garcilaso, más experimentado en artes de guerra, y gritó con voz de trueno:

—¡Tenéos, fermosas señoras y magníficos caballeros, si no queréis perder la vida miserablemente! ¿No véis que éste, en apariencia inofensivo libro, es una terrible arma diabólica? ¡Fuid presto y catad refugio antes de que estalle y siembre en redor la desolación y la ruina!

Todos buscaron salvación tras unos sólidos canchales que por allí había, y apenas lo lograron cuando atronó el aire una terrorífica explosión y empezaron a volar pedruscos tamaños y a caer tronchados corpulentos árboles. Cuando a los diez minutos, y un tanto medrosicos, se atrevieron a salir, sus ojos atónitos contemplaron un paisaje lunar: tal fué el poder destructor de aquel artefacto en estrofas.

Ante la gravedad de los acontecimientos Apolo convocó un consejo extraordinario. En él, como en las corporaciones humanas, se habló a destajo, se perfilaron planes por docenas, se propusieron